## Infarto de miocardio - Kim

Una mañana, camino al trabajo en coche, de repente el pecho se me oprimió y me desplomé allí mismo. No podía respirar y no se me ocurría nada. Pasaron unos minutos en los que no podía hacer nada con mi cuerpo, y afortunadamente la respiración volvió. Al darme cuenta de que había un problema en el corazón, no fui a la empresa sino directamente al hospital, donde me sometí a un chequeo completo desde las 9 de la mañana hasta las 3 de la tarde. El resultado del examen reveló que mi enfermedad era angina de pecho. Como no sabía qué era esa enfermedad de nombre incluso desconocido, le pregunté al médico qué clase de enfermedad era, y el médico me dijo que en el corazón hay 3 vasos sanguíneos y que estos estaban obstruidos. Me explicó que la sangre debe circular sin problemas, pero como los vasos estaban obstruidos y la circulación sanguínea no funcionaba bien, se producía el fenómeno de falta de aire y opresión en el pecho. Luego me dijo que primero intentaríamos tratamiento con medicamentos y me recetó unos fármacos. Así, ese día volví a casa con una bolsa de medicina, pero después de tomarla comenzó a dolerme la cabeza. El dolor de cabeza era tan insoportable que no podía tomar el medicamento. Así que al día siguiente llamé al médico y le dije que no podía tomar el medicamento porque me dolía la cabeza, y me dijo que tomara solo la mitad. Así que partí el medicamento y tomé solo la mitad, pero el dolor de cabeza seguía sin desaparecer. Por eso volví a preguntar al médico, y me dijo que era porque los vasos que estaban contraídos se habían dilatado. No solo los vasos del corazón se dilataron, sino también los vasos del cerebro, y por eso me dolía la cabeza.

Después de tomar el medicamento durante unos días, fui a otro hospital y me hicieron de nuevo las pruebas, y allí me diagnosticaron infarto de miocardio. Me propusieron hacerme una angioplastia, un procedimiento para dilatar los vasos obstruidos.

La mañana del día del procedimiento, me invadió el miedo ante el hecho de que debían abrirme el cuerpo con un cuchillo. Así que me arrodillé y oré a Dios. «Dios, verdaderamente he vivido mal la vida hasta ahora. Ahora he contraído una enfermedad mortal y estoy en gran sufrimiento; por favor, sáname de esta

enfermedad. Ayúdame para que el procedimiento de hoy se complete sin problemas.» El propósito de mi oración esa mañana era que Dios interviniera en el procedimiento y diera poder a los médicos para que los vasos obstruidos se abrieran fácilmente.

Probablemente, si ese día me hubiera sanado así, no habría habido ninguna posibilidad de que me convirtiera en adventista del séptimo día.

Finalmente entré al procedimiento, y tras la anestesia parcial me tumbé en la mesa de operaciones y observaba el monitor. Vi que una aguja en forma de flecha insertada en la arteria de la parte superior de la ingle del muslo subía hacia arriba. Pero al llegar al pecho, golpeó y, con un pinchazo, ya no pudo seguir subiendo. Así pasaron 2 o 30 minutos, y yo me iba poniendo cada vez más somnoliento. La presión arterial cayó hasta 50-40, y los médicos finalmente suspendieron el procedimiento. Al día siguiente el hospital me dijo que me diera el alta. Habían intentado hacer el procedimiento para abrir los vasos obstruidos, pero como tampoco funcionó, en esa situación la mejor opción era abrir el pecho, cerrar los vasos obstruidos y conectar un vaso tomado de otra parte. Yo dije que me sometería a la cirugía, pero el hospital dijo que para esa operación yo era todavía demasiado joven y no me la practicaron.

Entonces yo tenía 52 años.

Mientras tanto, la pareja de mi cuñada menor vino de visita a nuestra casa, y mi concuñado me dijo que la cirugía la dejara para el final y que fuera al lugar que él recomendaba. Pero, no sé por qué, el lugar que él recomendaba me daba la sensación de ofrecerme alguna esperanza.

Así, por la presentación de mi concuñado, llegué al Centro de Retiro Betel. Llegué con el sentimiento de agarrarme incluso de un hilo de paja, sin saber nada de qué clase de lugar era este, cómo trataban, ni quién era el director Choi Cha-sun.

El primer día que llegué al Centro de Retiro Betel, cuando comencé la entrevista con el director Choi, él me preguntó por qué había venido, y le dije que había venido porque tenía una enfermedad mortal, no podía respirar y el pecho

se me oprimía y dolía muchísimo. Entonces el director dijo: «Señor, eso no es una enfermedad mortal.» Yo había venido con una enfermedad mortal, pero el director decía que esto no era una enfermedad mortal. Después de eso, desde esa noche hice ayuno de frutas durante cuatro días. Y escuché las conferencias en la iglesia por la mañana y por la tarde, y el director dijo que «si uno encuentra a Jesús, vive». Yo había asistido a la iglesia, pero solo llevaba la Biblia de un lado a otro sin una vida relacionada con Jesús, y al escuchar que debía encontrar a Jesús para vivir, sentí curiosidad por cómo podría encontrarlo. Entonces me vino a la mente el versículo de Juan 14:6: «Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.» Esta palabra me hizo comprender que yo había vivido sin saber el camino que debía seguir en la vida.

Unos diez días después de eso, una mañana, mientras me lavaba la cara y me secaba con la toalla, al ver mi rostro reflejado en el espejo, tenía un rubor como el de un niño de tres o cuatro años y la piel estaba extraordinariamente clara. En ese momento pensé: "Mi sangre se está limpiando. Mi sangre se limpia gracias a la comida que tomo aquí, y si sigue fluyendo y fluyendo, algún día los desechos acumulados en mis vasos se desprenderán y finalmente los vasos se abrirán." Así, tras vivir un mes en el Centro de Retiro Betel y aprender las formas de vivir saludablemente, regresé a casa.

Al volver a casa, busqué la Iglesia Adventista del Séptimo Día y recibí el bautismo. Y viví según lo que había aprendido en el Centro de Retiro Betel.

Desde algún día, dejé de tener dolor hasta el punto de olvidar que había sido un paciente, y los rastros de la angina de pecho desaparecieron. Las personas a mi alrededor me decían que la enfermedad cardíaca es peligrosa y me preguntaban si no tomaba medicamentos ni iba al hospital, y me sugerían que fuera al hospital a hacerme pruebas por si acaso. Pero yo decía que como no tenía dolor ni me dolía, no había anormalidad en mi cuerpo y no necesitaba hacerme pruebas, y que Dios seguramente había abierto los vasos obstruidos o había creado otros vasos al lado de los obstruidos, construyendo una autopista, y no fui al hospital.

Así, desde que fui al Centro de Retiro Betel, mantuve tal salud que no tuve necesidad de ir al hospital en absoluto.

Mientras tanto, el año pasado, por primera vez en 20 años, fui al hospital a hacerme pruebas.

Me hospitalizaron durante 3 días y me hicieron un chequeo completo; al ver las imágenes, los vasos que antes estaban obstruidos estaban cerrados y no se usaban. En su lugar, la sangre fluía por 2 vasos nuevos que habían crecido al lado. Mi corazón estaba en un estado tan saludable que los médicos me dijeron que no debía preocuparme en absoluto por el corazón.

Ese resultado fue la confirmación científica de lo que yo había contado durante los últimos 20 años mientras vivía mi fe como miembro de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, y fue una oportunidad para confirmar con mis propios ojos lo que había estado diciendo.

La mañana del día del procedimiento hace 20 años, yo, con miedo, oré a Dios pidiendo que el procedimiento se realizara con éxito y que los vasos obstruidos se abrieran. Pero, como dice Isaías 55:8-9: «Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos», el plan de Dios era diferente de mi plan.

Cuando el procedimiento fracasó ese día y volví a casa, me desesperé.

Pero Dios preparó un camino mejor y más seguro para que yo pudiera ir al Centro de Retiro Betel, y a través del director Choi Cha-sun conocí a Jesús, y hasta ahora he podido vivir tranquilamente con un cuerpo saludable dentro del poder de Dios. Creo que Dios me salvó para dar a conocer, a través de mí, que Él es el sanador.

El médico puede sanar a una persona operando con el cuchillo, pero no puede hacer que uno encuentre a Dios y obtenga la salvación. Pero cuando el paciente encuentra a Jesús, llega la sanación integral. Jesús no solo sana completamente

las enfermedades físicas, sino que es quien puede resolver completamente todos los problemas que surgen a lo largo de nuestra vida.

Este año tengo 72 años y ya no me queda mucho tiempo para poder actuar activamente. Quiero dedicar el resto de mi vida a presentar a Jesús, que amó a la humanidad, vino a esta tierra, murió colgado en la cruz pagando el precio de nuestros pecados y preparando el camino para vivir eternamente con Él, a las innumerables personas que mueren sin esperanza. Conocer a Jesús es la mayor bendición que se puede recibir en este mundo.

Deseo que todos los que lean este escrito encuentren a Jesús, que es la vida y la fuente de bendición, reciban la sanación de las enfermedades a través de Su poder, y sean usados en buenas obras para dar gloria a Dios y ser alegría para sus semejantes.